

Más sobre la amnistía. ("El Mercantil Valenciano", Valencia 19 mayo

1918)



Más sobre la amnistía

Es altamente curioso, a la par que muy instructivo, lo que está pasando con eso de la ya promulgada y sancionada amnistía.

Bajo la presión del miedo, de un miedo pánico, o sea irreflexivo, ignorante de su causa verdadera, no pocas de esas gentes que se llaman a sí mismas de orden, acordaron que el movimiento civil que produjo la huelga general pacífica de agosto del año último había fracasado, que la idea y el sentimiento que la provocaron habían sido vencidos y que ya no volverían los obreros a dejarse coger en la red política de las huelgas que no sean por motivos pura y exclusivamente económicos, por cuestiones de estómago. Los principios proclamados por el Comité de huelga, el hoy ya excarcelado, habían sufrido una derrota. Era, pues, menester mostrarse generoso con el vencido—el supuesto vencido,— e imitando a Alemania, ofrecerle la paz. Ofrecérsela y no pedirselas. Y el tratado de paz era la amnistía.

Esto era lo que decían y fingían creer, pero por dentro les quedaba otra. Por dentro sabían bien que el movimiento civil iniciado con aquella huelga no está detenido, aunque diferido o retardado, que la corriente sigue, aunque sea bajo la arena, y que cualquier día, como la del Guadiana, puede volver a brotar en la sobrehaz. Por dentro saben bien que la amnistía no ha sido una paz ofrecida, sino pedida por ellos, por los del orden existente. Saben de sobra que después de las últimas elecciones generales de ciudades a Cortes en que el pueblo no absolvió—pues no tenía por qué absolverlos— a los entonces presidiarios en Cartagena, sino que condenó a los que los condenaron y revisó el fallo injusto e ilegal de su condenación, después de eso no quedaba otro remedio que pedirle la paz al pueblo.

El indulto, que significa perdón, no cabía. Y no cabía porque el pueblo no admitía perdón para los que de nada tenían que ser perdonados, y menos un perdón de quien, según la ley, en casos como ese había de darlo. El pueblo, sabedor de que no es delito alguno preparar una huelga general pacífica para acabar con el régimen, no podía consentir que el supremo representante del régimen, el que lo encarna, fuese a mostrar una generosidad ofensiva, pues lo es la que se cifra en perdonar al que no ha faltado. No había lugar alguno para el perdón, y no lo había, por lo tanto, para el indulto. La amnistía, en cambio, era la forma más rápida y hacendera de la revisión del proceso; la amnistía ha sido, de hecho, una condenación del fallo condenatorio que mandó, injusta e ilegalmente, a presidio a los más complicados en la huelga, perfectamente legítima, de agosto de 1917.

Y ahora, cuando al salir del presidio de Cartagena los miembros del Comité de huelga, no se muestran arrepentidos de lo que en agosto hicieron, y anuncian su propósito de pedir explicaciones de lo que con ellos se hizo y de exigir responsabilidades por lo de entonces, esos que fingían creer que aquel movimiento fué para siempre sofocado, fingían ahora llamarse a engaño, y piden para sus procedimientos la amnistía que aparentaban haber concedido de gracia y generosamente. «Y la paz?», preguntan. Sin percatarse de que no hay paz duradera y fecunda sino sobre

la victoria, y que el pueblo tiene que lograrla antes de darles paz.

Hay, sin embargo, entre las gentes de extrema derecha, de la derecha poco dinástica, no dinástica o hasta antidinástica — entre estos últimos los jaimistas, — muchos que confiesan paladinamente que la amnistía ha sido un triunfo de las izquierdas antidinásticas y que éstas se lo han arrancado a los que aun se obstinan en querer conciliar lo que la historia actual de España nos está probando que resulta inconciliable. La prensa de extrema derecha, hierocrática e imperialista, cínicamente germanófila y desvergonzadamente troglodítica; la de las «gloriosas tradiciones de nuestros mayores»; la que quieren que nos gobiernen los muertos y los matadores; la que simpatiza con los asesinos internacionales, ha declarado que eso de la amnistía ha sido un triunfo de las izquierdas, un triunfo arrancado, gracias sobre todo a las elecciones, por el pueblo.

Los otros, los que no quieren ver tan claro o fingen no haber visto — hay quien cree que haciéndose el ciego desaparecen las visiones adversas, — se dedican ahora a atraer con cantos de sirena al pueblo español que ha dado su apoyo al Comité de huelga. Y nos llaman a todos a la concordia, y dicen que la amnistía ha borrado un pasado, y que conviene mirar a un porvenir de patriótica colaboración de todos. Pero esa amnistía no ha borrado el pasado ese; esa amnistía no ha hecho más que reparar una injusticia. Y aun falta liquidar no poco del pasado que produjo la bárbara reestención de la huelga y la condena injusta e ilegal de los que la dirigieron.

Y sobre todo que no se hable de la generosidad de quien firmó en última instancia esa amnistía votada por la representación legal del pueblo soberano. ¿Qué iba a hacer sino firmarla? ¿Iba a ponerle el veto? No, no ha habido tal generosidad, una vez que no se dejó lugar al insulto. El indulto podría haber parecido ofrecer la paz: el firmar la amnistía no es sino pedirle, no es sino capitular. Y aun no basta.

El señor conde de Romanones habla de que los socialistas españoles se capaciten, como los de otras monarquías de Europa, para entrar en los Consejos de la Corona. En todo caso tendría que ser la Corona la que se capacitara para oír, y oír como se debe los consejos de los socialistas. Y para ellos convencerse, como se ha convenido en esas otras todavía monarquías, de cuál es su verdadero carácter y función hoy por hoy en Europa. Si los socialistas hubieran de entrar hoy, más o menos transitoriamente, en el Consejo de la Corona, habría de ser para aconsejar de verdad y evitar, mediante prudentes, pero radicales transiciones, un cambio de choque violento, habría de ser para aconsejar una resolución lo menos catastrófica posible, para hacer la inevitable revolución lo menos devastadora; pero de ningún modo para amparar irresponsabilidades. Porque ni hay ni puede haber socialista que admita el absurdo de un Poder cualquiera irresponsable. A todo irresponsable hay que reducirle a la impotencia. Poder e irresponsabilidad son dos cosas que en lo humano deben excluirse.

Miguel de UNAMUNO.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USAL ES.

go 40... "El Mercantil Valenciano"...